

**LA EDUCACIÓN SECUNDARIA:
UN PRESENTE POR CONSTRUIR.
JÓVENES, EDUCACIÓN Y VIOLENCIA**

*Elsa Castañeda Bernal **

El nuevo poder reside en los códigos de información y en las imágenes de representación en torno a los cuales las sociedades organizan sus instituciones y la gente construye sus vidas y decide su conducta. La sede de este poder es la mente de la gente.

Manuel Castells

En estos tiempos de grandes transformaciones sociales y culturales podemos mencionar algunos de los contenidos de la gran paradoja que acompaña el final del milenio: la globalización de la economía y de la cultura, el auge de las nuevas tecnologías de información, el debilitamiento de los marcos sociales tradicionales, el sin sentido de la vida y la posibilidad de ser partícipes en la construcción de un mundo mejor.

Desde una mirada compleja y en este ámbito, la educación aparece como problema pero también como solución a la crisis. Como problema, en cuanto es una de las instituciones sociales más cuestionadas por su ineficacia social; porque, si bien, el modelo clásico aún funciona en la escuela primaria, desaparece por completo en la secundaria donde los jóvenes viven disociados entre la cultura escolar y su propia cultura que se construye al margen de la normatividad escolar (6). La educación se presenta como solución en la medida en que ella se vislumbra casi como la única opción para “abatir la violencia, propiciar la igualdad de oportunidades y lograr una competitividad basada en el despliegue de las potencialidades del ser humano informado, educado y seguro

de sí, capaz de construir sus conocimientos, sus valores, su identidad y su futuro en un contexto de libertad y solidaridad' (7).

Educación y crisis, son dos conceptos complejos y en tensión, duales, inseparables, que se atraen y repelen, que se complementan y excluyen en tanto cada uno es productor del otro al tiempo que consecuencia. Por tanto, serán las guías de análisis fundamentales del asunto que aquí nos convoca: los jóvenes, la escuela y la violencia; asunto que discutiré y expondré alrededor de dos aspectos centrales:

1. La comprensión de la situación actual de la educación secundaria. ¿Qué lugar ocupan los jóvenes y la violencia en la crisis de la escuela secundaria a la luz de las características emergentes, confusas y contradictorias, que adornan los tiempos contemporáneos?, donde, *"lo viejo no acaba de morir y lo nuevo no acaba de nacer"*, como dice Gramsci.
2. La aclaración de un presente por construir, donde se intentará proponer caminos para hacer de la escuela y de los jóvenes la solución a la crisis actual.

— Situación actual de la escuela secundaria.

En el mundo entero la escuela secundaria se presenta como el nivel escolar más problemático de la educación contemporánea:

"Diversas circunstancias —tanto internas como externas del sistema educativo— han convertido a la enseñanza secundaria en el espacio más crítico del proceso pedagógico. Desde el punto de vista interno, la universalización de la enseñanza básica ha provocado la masificación de la enseñanza media y, con ello, la crisis del modelo clásico tradicional, que concebía este nivel como un mecanismo de pasaje a la universidad a través del acceso a la cultura general. Desde el punto de vista externo, la crisis de la enseñanza media está asociada a la situación de la juventud en la sociedad moderna" (8).

Esta situación paradójica pone en evidencia las contradicciones de nuestro tiempo; los jóvenes —que encarnan el espíritu de nuestra época— al convertir la violencia casi en el único mecanismo para resolver la insatisfacción por sus vacíos vitales y el mundo que les tocó vivir, hacen visibles las deficiencias de la escuela; al tiempo que representan la vitalidad, sensibilidad y libertad para pensar y construir un presente mejor. Veamos:

— Encarnan el espíritu de nuestra época.

Con todas las contradicciones, matices y potencialidades que pueda tener la gama de peculiaridades que lo definen: desmoronamiento de la racionalidad, pérdida de la fé en el progreso, esfuerzos por alcanzar la autonomía, respeto a la diversidad y conveniencia de la descentralización, pragmatismo como forma de vida y de pensamiento, desencanto e indiferencia por la vida presente y futura, apertura a la pluralidad y a la incertidumbre, primacía de lo estético sobre lo ético, crítica al etnocentrismo y a la universalidad, resurgimiento de los fundamentalismos, localismos y nacionalismos, así como discontinuidad y ausencia de sentido de la historia, entre otros (9).

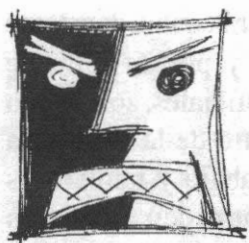
— Hacen visibles las deficiencias de la escuela.

Los jóvenes, al encarnar el espíritu de la época, ponen en evidencia el abismo que hay entre la multiplicidad de mundos culturales que viven dentro y fuera de la escuela y la rigidez de las propuestas educativas que les ofrece la institución. Hacen llegar a la superficie la pérdida de poder socializador de la escuela y la fuerza que toman otros espacios como los medios de comunicación —en especial la televisión— las nuevas tecnologías y los grupos de pares, que transforman no sólo los gustos y demandas culturales, sino que provocan una metamorfosis en las relaciones y formas de concebir el mundo, ajenas casi siempre al mundo escolar.

Los jóvenes hacen evidente la ineficacia social del conocimiento escolar resultado en gran medida de su rápida devaluación y poca utilidad para comprender el presente y construir el futuro (10); resienten con sus discursos la poca cabida y desarrollo de otros lenguajes sociales diferentes al lecto-escrito como los de la imagen, el cuerpo, el urbanismo, la acción administrativa, el arte, la investigación científica y tecnológica dentro de la escuela. Permiten ver en sus actos cotidianos el autoritarismo generalizado en la organización social, la normatividad, las interacciones, la gestión. Y en la manera de concebir y aproximarse al conocimiento, evidencian la exclusión, discriminación e intolerancia hacia lo diferente, hacia lo que no se ajusta a las exigencias institucionales que es permanente dentro de la Escuela.

— Los jóvenes convierten la violencia casi en el único mecanismo para resolver sus vacíos vitales y la insatisfacción por el mundo que les tocó vivir.

Al igual que en el país, la violencia en la escuela tiene un carácter indiscriminado, es ejercida por todos hacia todos, se manifiesta en sus múltiples posibilidades: desde la violencia física hasta la simbólica, penetra en todas las esferas del mundo escolar, haciendo mella en todos y cada uno de sus integrantes. Podría afirmarse entonces, que *“en la institución educativa se producen eventos, relaciones y situaciones donde brotan semillas de violencia en cuanto reflejan lo que la violencia misma significa: hacer justicia por la propia mano, aniquilar al diferente, usar la fuerza como instrumento privilegiado para resolver conflictos. Por supuesto en la escuela no se mata de manera generalizada, aunque eventualmente suceda. Pero desde el punto de vista del desarrollo personal y social, de la generación de oportunidades, del reconocimiento del otro también se aniquila, se afectan de manera negativa los proyectos de vida, las relaciones interpersonales, las visiones de sociedad y sus posibilidades de construcción y por*



ende, las maneras de vivir en los ámbitos público y privado” (11).

Con relación a los jóvenes, el asunto de la violencia escolar es aún más grave, porque si bien en los últimos años se han realizado esfuerzos por democratizar la escuela como estrategia para intentar neutralizarla, la realidad y algunos estudios al respecto han demostrado débiles avances tanto en las escuelas innovativas como en las regulares.

“La escuela innovativa que trabaja con los jóvenes del segmento de la violencia, encuentra una intensa dificultad para operar eficazmente en esta contracultura. Los valores y formas organizativas de la escuela, inclusive de la escuela innovativa, chocan de frente con los de la cultura violenta; el trabajo de resocialización o reeducación, se vuelve ineficaz a pesar de la mística y la entrega encomiable a su trabajo de los maestros. Esa ineficacia no se puede atribuir solamente a la tarea escolar innovativa, sino también a la sociedad que no ofrece opciones de integración a los miembros de este segmento. Se plantean entonces dos espacios de ineficacia: uno dentro de la institución educativa que lleva al uso de “la máscara”, la simulación de los jóvenes y otro espacio constituido por la ciudad y su organización delictiva que reabsorbe al egresado. La eficacia innovativa en este segmento está todavía por descubrirse” (12).

— Los jóvenes representan la vitalidad, sensibilidad y libertad para pensar y construir un presente mejor.

Nuestros jóvenes, población que experimenta a diario cambios incontrolados y confusos, rica y contradictoria como el mundo actual, posee una “potencia subterránea” (13) aún por explorar, comprender y aprovechar. Se ven en público casi solamente como el peligro representado en el estereotipo del *joven violento*, por los

conflictos que generan en las instituciones o por la queja constante de los adultos, por la ausencia de valores y por su falta de compromiso (14). No obstante, los discursos oficiales, sobre todo los escolares y políticos, los ubican en el centro de la esperanza futura, al igual que varias experiencias de trabajo y numerosos estudios que demuestran su potencialidad y riqueza desperdiciadas tanto en los jóvenes vinculados a las instituciones sociales como en los que se encuentran al margen de ellas.

— Un presente por construir

Vistas así las cosas, la escuela tal y como está planteada actualmente tiende a aumentar las desigualdades sociales; los niños y jóvenes que están en mayor desventaja por su situación social, económica y familiar son los que obtienen peores rendimientos. Aquellos pertenecientes a los estratos medios y altos, suplen las deficiencias de la escuela, precisamente allí donde los otros las tienen: con su familia, con su grupo social y los beneficios culturales que estos les ofrecen.

Es necesaria entonces, no sólo una reforma de la educación secundaria, sino una redefinición global que afecte además de su organización social, los contenidos curriculares, las estrategias pedagógicas, el significado y el sentido social que se le otorga. Este cambio sería casi imposible sin la voluntad política del Estado, de la participación de todos los estamentos de la sociedad y del compromiso de los maestros, padres de familia y alumnos.

Siguiendo la propuesta de Touraine (15), dicho cambio de sentido significaría pasar de una escuela pensada en términos sociales clásicos, a *“una escuela del Sujeto, orientada hacia la libertad del Sujeto personal, la comunicación intercultural y la gestión democrática de la sociedad y sus cambios.”* Lo anterior implica un cambio de posturas: no seguir enfatizando en la socialización como función central de la educación, sino por el

contrario, fortalecer las posibilidades de los individuos de ser los sujetos de su existencia, de manera que puedan darse el tiempo y el espacio necesarios para recuperar el control de su existencia, reflexionar sobre su experiencia pasada y preparar las decisiones venideras. En resumen, aprender a ser, prepararse para aprender y cambiar, y no para adquirir competencias que corren el riesgo de devaluarse muy rápidamente.

Por esta vía, se abre la puerta a una escuela social y culturalmente heterogénea, a un lugar privilegiado para las comunicaciones interculturales (16) para aprender a descifrar y procesar todos los lenguajes sociales (desde los más cotidianos hasta los de la ciencia y el arte), para aprender a argumentar y contra-argumentar mediante el análisis del discurso del otro. Todo esto como única opción, para aprender a vivir juntos.